

I. RECENSIONES

1) Sagrada Escritura

L. Monloubou, *Profetismo y profetas* (Madrid, Ed. Fax, 1971) 253 pp.

Con buen criterio el traductor ha cambiado el título original ("Profeta, ¿quién eres tú?") por este más genérico que da idea del contenido de la obra. En realidad el fenómeno "profético" bíblico, aunque pueda tener concomitancias con algunos movimientos extáticos cananeos en los primeros tiempos del asentamiento de las tribus allá por el s. XI, sin embargo, muy pronto se despegó de las manifestaciones "extáticas" y "coribánticas" para centrarse en torno a una función esencial en el entramado religioso de Israel. Los sacerdotes, infieles a su misión, descuidaron su deber de enseñar la Ley, limitándose a las manifestaciones de culto. Por eso Dios suscitó a estos genios religiosos de distintos estratos sociales para reanimar la antorcha del yahvismo en tiempos en que las influencias religiosas cananeas amenazaban con ahogar las antiguas tradiciones del desierto. Por ello son llamados "hombres de Dios", y ellos mismos se denominan "centinelas" de Yahve para anunciar los peligros que se cernían sobre una sociedad que se había plegado a los condicionamientos idolátricos de los cananeos.

El autor, en un capítulo introductorio, estudia someramente los posibles antecedentes del "nabismo" israelita, para luego destacar la originalidad de este movimiento espiritualista dentro de las mejores líneas del yahvismo tradicional. Por eso, el deuteronomista destaca que el primer "profeta" fue el propio Moisés (*Deut.* 18. 15-18), como amigo e intérprete directo de las decisiones divinas. Y esto mismo viene a decir el profeta Oseas (12. 14). Pero cuando Israel comenzó a organizarse como nación, empezó a emerger un movimiento espiritualista "contestatario" frente al conformismo de una sociedad que parecía vivir de espaldas al yahvismo tradicional. Primeramente urgía la necesidad de erradicar la idolatría incluso exigiendo que desaparecieran los lugares de culto mixto. Las "confraternidades" de los profetas constituyeron un equipo de colaboración de gran vigor en los tiempos de Elías y Eliseo, pero pronto degeneraron; y así los profetas del s. VIII a.C. hacían gala de no pertenecer a ellas. Se consideraban enviados directos de Dios y transmitía oráculos de amenaza y esperanza en una situación en que los invasores asirios parecían ahogar a los dos estados hebreos. Es en ese momento cuando el *nabí* desempeña su función estelar anunciando los peligros, y declarando el advenimiento de un futuro mesiánico después de una época de pruebas.

El autor va comentando estas diversas situaciones, haciendo ver que estos colosos del espíritu son personas "comprometidas" con la problemática social de su tiempo, ya que para ellos la salvación está en la teocracia ideal, pues carecen de luces sobre la retribución en ultratumba; por eso, la salvación del individuo está dentro de la perspectiva de triunfo de su pueblo bajo la presencia directa de Yahve. Sus diatribas contra los oligarcas tienen aún vigencia en cuanto que urgen los derechos de los desheredados. Pero les falta la perspectiva del "espiritualismo" radical del Evangelio. Con todo, sus figuras resultan ejemplares por su autenticidad de vida y su santa intransigencia. Por ello, sus "denuncias proféticas" no tienen nada que ver con las prédicas de quienes hoy se complacen en condenar las injusticias sociales, pero viven